

El fascismo como estilo

Juan Massana



El fascismo como estilo

Juan Massana

El fascismo como estilo

“De la Historia y de la sociología dominantes después de la Segunda Guerra Mundial, dos interpretaciones han surgido fundamentalmente del fenómeno denominado nazi-fascismo por sus enemigos, es decir, por los pseudo-historiadores y sociólogos que se han ocupado de él. En ningún momento ha trascendido alguna tesis que tienda a explicar el fenómeno nazi-fascista desde el ángulo de sus partidarios, o tan siquiera desde un término medio, imparcial, desapasionado e historicista.”

Para la sociología marxista, encabezada por Wilhelm Reich, el punto de vista ortodoxo ha sido considerar al fascismo como una última reacción de la sociedad capitalista en trance de descomposición, esto es, como su última fase o quizá como su último y desesperado recurso ante el arrollador avance del socialismo científico marxista. Entonces el fascismo se inscribe dentro del propio contexto de la evolución de la burguesía en los prolegómenos de la dictadura del proletariado.

Para los *historiadores* demo-liberales occidentales (mayoritariamente anglosajones), para biógrafos de Adolf Hitler como Alan Bullock o para cronistas del III *Reich* como William L. Shirer o del fascismo general como Ernest Nolte, el fascismo y el nacionalsocialismo han sobrevenido como hechos aislados, monstruosos, incomprensibles e ilógicos, en un momento de crisis del liberalismo europeo. La pregunta común se ha formulado de la siguiente manera: “¿Cómo ha podido surgir y triunfar el nazismo - hecho abominable desde nuestra óptica democrática - en el país de la técnica y la cultura más avanzada de Europa?” Y la respuesta común: “Las masas se han dejado fascinar a causa de un período de desquiciamiento.” Y lo que ingenuamente ignoran es que ese desquiciamiento ha venido dado precisamente por el liberalismo, que nunca encendió en el corazón de los pueblos europeos una ilusión verdadera, una fe auténtica, un ideal válido o una respuesta acertada a sus problemas y a sus anhelos. Buscando el más intrascendente de los ejemplos, hallamos que todos los *historiadores* demo-liberales coinciden unánimemente en señalar que el nacionalsocialismo experimentó su mayor auge a consecuencia de la espantosa crisis económica de 1929, pero lo que esos demagogos no mencionan es que fue precisamente el capitalismo de esencia liberal el que, con su miedo, su egoísmo y su desprecio por la comunidad social, condujo al mundo occidental al desempleo, al hambre y a la miseria.

Cuando algún día deje de escribirse la Historia con sogas, como en Núremberg, cuando dejen de escribirla la venganza judía, el odio marxista, la mentira democrática y el partidismo político agrupados bajo la bandera del antifascismo, se hallará que los movimientos fascistas de Europa, capitaneados por el nacionalsocialismo, respondieron a una peculiar cosmovisión, a una genuina filosofía de la vida, a una determinada ética de la cosa en sí, según la terminología kantiana. Es decir, que por encima de todo, el fascismo fue un estilo; un estilo creado primordialmente por hombres geniales, defendido luego por minorías selectas y herméticas en mayor o menor grado, y adoptado finalmente por pueblos enteros que intuyeron, de forma raramente repetible, que en ello les iba su propio destino, su existencia misma, el ser o desaparecer de los anales del mundo.

En el momento de la aparición del fascismo, en la época de entreguerras, se repartían ideológica y políticamente el mundo occidental dos fuerzas en apariencia contrapuestas, pero en realidad complementarias - capitalismo liberal y socialismo científico -, que responden a un común denominador: el materialismo que emana de sus programas, de

sus teorías y especialmente de sus aplicaciones prácticas. La democracia, antes que los vagos y eufemísticos pseudo-ideales que preconiza, tales como derechos humanos, libertad de expresión y asociación, o gobierno de la mayoría, que jamás se han traducido en realidades, significa la explotación capitalista del hombre por el hombre; y el marxismo, antes que un socialismo igualitario, es la despótica y sanguinaria implantación del capitalismo de Estado con fines inmediatamente imperialistas, todo ello a la interminable espera de la utópica dictadura del proletariado.

El fascismo apareció como una reacción contra el materialismo y contra la decadencia a que paulatinamente Occidente iba siendo abocado por él. En rigor no puede decirse que el fascismo nació como una reacción contra el bolchevismo. Eso vino después. El fascismo fue en primer lugar la gran respuesta a ciento cincuenta años de racionalismo, de Enciclopedia. *“Nuestra Cruzada fue contra la Enciclopedia”*, dirá incluso Franco en una frase memorable ante sus compañeros de armas después del desfile de la victoria de 1939. El racionalismo fue el virus, que envenenó la sangre de la cultura occidental, precipitando su decadencia con dogmas y prejuicios que abolían todos los principios éticos y morales, puramente idealistas, por los que se había guiado el hombre europeo desde sus tiempos históricos de esplendor, enraizados en una gloriosa Edad Media.

En realidad, el siglo XIX ya estaba lleno de pre-fascistas, de intelectuales y artistas que se rebelaron contra esos dogmas y esos prejuicios oscurantistas que paralizaban toda actividad espiritual. Sería prolijo enumerarlos; Nietzsche y Wagner fueron los más grandes, y fueron lógicamente ellos *“los dos grandes iniciadores del III Reich”*, según la afortunada expresión de Jean-Michel Angebert. Efectivamente, *“la mitología wagneriana aparece ya impregnada de biología y conduce al racismo, ya que el símbolo del Graal contiene la idea de la sangre pura, de la sangre regeneradora para la raza”* y *“el mito hitleriano del súper-hombre procede directamente de Friedrich Nietzsche. Este súper-hombre es el hombre fuerte, el hombre liberado de todos los convencionalismos burgueses...”* La corriente estética que unió mayormente a muchos de esos hombres y que más decisivamente los enfrentó con el racionalismo en el terreno de las ideas fue sin lugar a dudas el romanticismo alemán, que se extiende desde Goethe hasta Hermann Hesse, ese Hermann Hesse que con su *Demian* formuló la más dura crítica contra todo lo que se refería a la fundamentación racional de la conducta humana, preparando el camino hacia las SS a los jóvenes alemanes de las primeras décadas del siglo XX, que como él creían en el despertar del instinto de la sangre desde el ideal aristocrático de Nietzsche.

Para cada pueblo europeo, el romanticismo fue, además, un abanderado de su propio nacionalismo, y, sin necesidad de controversia, el portador de los más genuinos valores raciales de Occidente entero. Por proceso catárquico de ensamblaje, de síntesis y de convergencia, aquellos valores nacionales lo eran de la suprema patria europea, que, al fin, en pleno siglo XX, llevando hasta el paroxismo la oposición ética de la verdad irracional al dogmatismo racionalista de los filisteos y los pobres de espíritu, los conduciría al campo de batalla para conocer, en su agonía, su máxima capacidad para el heroísmo y la brutal sobre-humanidad como superación mística (que tanto atemoriza a los individualistas) del humanismo rousseauiano.

Agonía, en griego, es lucha, y la lucha, entendida como moral total, como vía metafísica de realización y superación interior, es el mito central que engloba a todos los demás que surgieron bajo la égida intelectual y espiritual del fascismo universal: el mito de la sangre de Rosenberg, el mito del destino de José Antonio, el mito de la juventud de Brasillach... El tejido afinado de estos mitos es lo que contiene, en pureza,

el espíritu del fascismo. En el fascismo, el mito sustituye al dogma. El mito, sintetizando máximamente una cadena de valores, transmite la imagen alegórica, estilizada y perfecta, que permite al hombre acercarse gradualmente a la divinidad e integrarse en el orden tradicional.

Entendemos, en síntesis, que los hombres del romanticismo, al igual que los de la antigüedad clásica griega, devolvieron al hombre occidental sus valores idealistas primordiales, que acabaron por concentrarse en el fascismo para hacer frente al racionalismo; a su producto genuino, el liberalismo; y a su complemento subversivo inseparable, el marxismo. El fascismo creó - o cuanto menos, redescubrió - un tipo de hombre nuevo, un arquetipo propio, que por esencia era radicalmente diferente del resto de los humanos, demasiado infectados de decadencia para comprender la marcha heroica de la Historia Universal. Todas las aspiraciones románticas que el siglo XIX había alzado como peregrinas utopías frente al materialismo de la razón se encontraron en él: el hombre auténticamente libre que ensalzaron por igual Nietzsche y Wagner nació en el siglo XX, cuando el primer fascista, dirigiéndose con desprecio a la sociedad pequeño-burguesa de su entorno, exclamó: "*Menefrego*." Para esa sociedad burguesa, los fascistas no fueron más que unos locos, cuando no unos asesinos, pero su criterio subjetivista no cuenta para nada. Lo que importa es cómo hubieran conceptualizado Nietzsche a Otto Skorzeny, Schopenhauer a Rudolf Hess, o Wagner a Eva Braun, que fue - por qué no - el arquetipo de la mujer fascista.

Ya sabemos cuántas veces los políticos profesionales han criticado a los movimientos fascistas la vaguedad de sus programas teóricos y prácticos, o incluso que carecieran de ellos. Pero esa fue en verdad una virtud del fascismo, y no uno de sus defectos. Frente al programa político exageradamente concreto, pero que nunca solía llevarse a la práctica, que tipifica a los partidos del sectarismo izquierdista o derechista, frente a sus absurdas e impracticables divagaciones teóricas, acuñadas en los siglos XVIII (Voltaire, Rousseau) y XIX (Marx, Engels), la juventud del siglo XX, bajo su uniforme pardo, negro o azul - ese uniforme que fue *hábito en la vida y mortaja en la muerte* -, enfrentó los valores míticos que subyacían en el alma de la raza blanca, que constituían su patrimonio tradicional y que permanecían ocultos a causa de siglos de maniobras de su eterno enemigo, el judío internacional, promotor y beneficiario de toda crisis, de toda decadencia, de todo colapso de Europa; del judío internacional, que está en el origen y en el final del liberalismo y del marxismo porque siempre ha sido la fuerza motriz del materialismo histórico.

En el ejemplo de la juventud fascista, en cómo vivió, luchó y murió, está expuesta la mejor síntesis de sus valores, de su concepción del mundo, de su estilo. Sin importarle la vida ni la muerte, entregada al espíritu de milicia, enfervorizada por una mística total, consciente de que cualquier manifestación de la existencia no es sino una constante lucha de signo heroico, la juventud fascista dio al mundo el ejemplo de un Codreanu transido de espiritualidad, de un José Antonio imbuido poéticamente de la interpretación trágica de la vida, de un Hitler de voluntad eterna, de un Mussolini de constante arenga e invocación al combate total.

No por coincidencia hallaron todos ellos una muerte violenta; esa es la muerte en el propio estilo fascista. Codreanu, José Antonio, Mussert, Quisling, Szalaszy, Mussolini y tantos otros fueron inmolados en la hora de los enanos, cuando triunfó el mundo democrático y comunista en el que sus valores no podían sobrevivir; Hitler y sus seguidores prefirieron morir en las Termopilas antes que capitular. Vale la pena - pues ahí está la apoteosis del estilo fascista, su última y gran verdad - recordar lo que dijeron

los fascistas antes de caer en el holocausto. Brasillach, instantes antes de ser asesinado, afirmó que *“el fascismo es la poesía misma del siglo XX.”* Ledesma, cuando era conducido por sus verdugos comunistas al paredón, se enfrentó con ellos y les dijo: *“A mí sólo me mataréis donde yo quiera”*, y allí mismo fue. Goebbels, antes de suicidarse, manifestó a Hitler que prefería la muerte a la huida, porque *“en el futuro, importarían más los ejemplos que los hombres.”* Clara Petacci, momentos antes de ser fusilada, le preguntó a Mussolini: *“¿Estás contento de que te haya seguido hasta el final?”* El fundador del fascismo fue suficientemente explícito con un postrer saludo romano, cuando ya sólo la posteridad podía ser su testigo. Por todos ellos, los conocidos y los ignorados, habló Alfred Rosenberg cuando la soga de Núremberg rozaba ya su cuello: *“Mi lucha por la idea más noble por la que jamás nadie luchara, levantando una bandera para más de cien años, no constituye un crimen.”*

Al estilo demostrado en la hora definitiva, al heroísmo que acarició y conmovió el cuerpo eternamente bello de Europa, de arriba a abajo, hasta el corazón mismo de la diosa, ¿qué razón, qué verdad, pueden oponer el dogma liberal y la dialéctica marxista? ¿Pueden, en rigor, seguir considerando al fascismo como un hecho aislado y monstruoso, o como la última reacción de la sociedad capitalista en estado de crisis? El día en que la Historia deje de ser escrita por los apologistas del odio, se sabrá por todos. Ahora únicamente nosotros, sus seguidores perseguidos y herederos malditos, guardamos en nuestros corazones la última verdad de los fascistas. Su estilo más allá de la vida y de la muerte.

“En el ejemplo de la juventud fascista, en cómo vivió, luchó y murió, está expuesta la mejor síntesis de sus valores, de su concepción del mundo, de su estilo. Sin importarle la vida ni la muerte, entregada al espíritu de milicia, enfervorizada por una mística total, consciente de que cualquier manifestación de la existencia no es sino una constante lucha de signo heroico, la juventud fascista dio al mundo el ejemplo de un Codreanu transido de espiritualidad, de un José Antonio imbuido poéticamente de la interpretación trágica de la vida, de un Hitler de voluntad eterna, de un Mussolini de constante arenga e invocación al combate total.”

(Juan Massana)

